

DOCUMENTO - IN MEMORIAM

*Entre Alto Cedro y Marcané.
Breve semblanza de Danilo Orozco*

*(Santiago de Cuba, 17 de julio, 1944;
La Habana, Cuba, 26 de marzo, 2013)*

*Between Alto Cedro and Marcané.
A Brief Remembrance of Danilo Orozco*
*(Santiago de Cuba, July 17, 1944; Havana, Cuba,
March 26, 2013)*

por

Agustín Ruiz Zamora

Unidad de Patrimonio Cultural Inmaterial,
Departamento de Patrimonio Cultural, Valparaíso, Chile
agustin.ruin@gmail.com

*La muerte no es verdad
si se ha vivido bien la obra de la vida*

José Martí

En 2013 muere en La Habana el musicólogo cubano Danilo Orozco. De sólida formación científica y manifiesta vocación social, no solo fue autor y responsable de un sinnúmero de estudios que lo sitúan entre los más destacados musicólogos del siglo XX, sino que además acometió y gestó una prolífica labor en la promoción y valoración del acervo musical de su Cuba natal, especialmente de los músicos campesinos y olvidados con quienes mantuvo contacto y relación permanente a lo largo de su trabajo de campo. Lejos de percibir el estudio de la música en campos disciplinarios segmentados, practicó una musicología integrativa, en la que la música se explica por sus procesos musicales y no según su situación histórica, cultural o social. Aunque para muchos su más resonado logro habría sido la tesis doctoral que defendió en 1987 en la Universidad Humboldt de Alemania, sin duda que su mayor legado ha sido la magna labor que desarrolló con los músicos del Oriente cubano. Hoy está pendiente la divulgación masiva de su trabajo intelectual el que, sin dudas, fue apoteósico.

Palabras clave: Son, Changüí, Buena Vista Social Club, Cuba, Nueva Trova.

The Cuban musicologist Danilo Orozco died in 2013 in Havana, Cuba. He was able to combine a solid scientific background with a deep commitment to social work. As the writer of or the responsible for numerous musicological studies, he stands among the most important scholars of the twentieth century. He undertook and handled a multifarious effort to further and value the musical heritage of his native Cuba, showing a special care for peasant musicians many of whom had been by then forgotten. He kept in permanent contact and had a close relationship with them as part of his musicological fieldwork. For him music could not be studied from the standpoint of isolated disciplinary fields. Far from that, he practised a widely encompassing musicology considering music on the basis of the musical processes themselves, rather than from the historical, cultural or social situation. For many his most outstanding

achievement was his doctoral dissertation submitted in 1987 at the Humboldt University in Germany. However his most enduring legacy has to do with the monumental work that he carried out with musicians of the Oriente province in Cuba. Doubtless his intellectual endeavor was truly gigantic. However it has yet to be made widely known.

Keywords: Son, Changüü, Buena Vista Social Club, Cuba, Nueva Trova.

Parado frente a una audiencia atenta, con saco gris, camisa blanca, pantalón y zapatos negros. Es esta la primera imagen que recuerdo de Danilo Orozco. Mi expectación de conocer un académico *tropical* se quebró de inmediato al observar un hombre inicialmente silente, serio, casi malhumorado, de una actitud contenida y mirada escrutadora, la misma mirada con la que a lo largo del semestre ejercería ese dominio escénico que lo caracterizó. En clases imperaba el bajo profundo de su característico vozarrón, al tiempo que relumbraban sus conocimientos, alcances y relaciones. Pero al transcurrir los días algo en él me recordó al Farolero, aquel solitario y fugaz personaje que Saint-Exupéry retrata en el capítulo XIV de *Le Petit Prince*. Ahora creo que ese *algo* era su irreducibilidad, pues a Danilo –así como al Farolero–, lo movía una íntima y férrea voluntad de acometer cotidianamente el cumplimiento de la consigna: encender su candil sin importar cuántas veces fuese necesario. Consigna que, en términos más concretos y cotidianos, se expresó como pura lealtad. Me refiero con esto a ese apego que siempre manifestó por el principio fundante, por esa razón de ser que, al igual que al Farolero, a Danilo le resultó en más de un capítulo de su vida una faena también fatigosa. Es que Orozco abrazó su insoslayable tarea poniendo luz donde abundó la tiniebla y en ello involucró todo lo suyo: su tiempo, el de vivir y amar; el de creer y crear; el de estar y permanecer junto a su música, su pueblo y su familia. Y por seguir esta consigna dejó tras de sí a las ciencias químicas, para adentrarse en las profundidades de la música, aquella que tenía lugar en su natal Santiago de Cuba y por la cual se volvió un hombre universal. Recordar a Danilo es, por lo tanto, intentar decir algo acerca de aquel profundo sentido humano –y también divino– que cruzaron los días de este maestro y amigo. Por lo mismo es que el martes 26 de marzo de 2013, algo pareció enmudecer en la música latinoamericana: ese Danilo que conocí en un austral otoño de Chile en 1996 falleció en La Habana, quedando para siempre encendida la luz de sus reflexiones en nuestras consciencias.

Si bien la *Revista Musical Chilena* me encargó esta semblanza a pocos días de su deceso, necesité tiempo para recuperar y ordenar los recuerdos e impresiones de las cosas que me hicieron sentido durante su única estadía en Chile. Sin duda que el punto de partida para esta nota es aquella misma admiración y gratitud que me animó en 1996 a escribir “*Aquí Macondo*. Conversación con Danilo Orozco”¹. Pero diecinueve años no pasaron en vano y me pareció irrelevante pretender hacer otro texto, sin antes intentar dialogar con alguien para quien la vida y el trabajo de Orozco hayan tenido un profundo valor existencial. ¿Por qué me propuse esto? La respuesta es simple. Danilo me influyó decisivamente en todo lo que he realizado como estudioso de la música de mi pueblo. Eso es determinante en la vida de una persona y afecta directa e indirectamente a quienes lo rodean. Esto fue lo que en definitiva me llevó a buscar un contacto con su viuda, Olga Alemán y la familia que con ella formó, porque sin esta interpelación se vuelve más difícil e inexacto entender el modo en que Danilo vivió su vocación por la música. Por lo mismo, estas líneas son un diálogo, un gesto colectivo de la memoria porque, en definitiva, nadie desaparece si lo mantenemos vivo en el recuerdo, el aprecio y la gratitud. De modo que no fue sino hasta después de mi viaje a La Habana, en marzo de 2014, que pude tomar contacto con Olga y comenzar estas notas. Conversamos epistolamente durante los meses siguientes para levantar este testimonio que no es más que la necesidad de expresar el sentido del aprecio por Danilo, quizás como demostración irrefutable de que su existencia tuvo importantes incidencias en la vida de tantas personas, entre ellas, la mía.

Mis remembranzas comienzan en abril de 1996, año en que Orozco vino a nuestro país invitado por el programa de Magister en Artes, Mención Musicología de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Su visita de tres meses estuvo connotada por un intenso y extenso trabajo analítico y reflexivo, en el que proponía para una categoría interpretativa de la música una aproximación amplia e interrelacionada, compleja e imbricada; en otras palabras, una aproximación *todera*, neologismo de cuño propio con que nuestro profesor resumía de modo coloquial su enfoque integrativo. En efecto, Danilo proponía un modelo interpretativo mediante el cual la música se entiende y explica como sistemas en

¹ Ruiz Zamora 1997.



Figura 1.

Junto a una compañera de escuela, vistiendo de guajiro tradicional, en una versión de “El Manicero”, el célebre son-pregón que fuese el primer súper-venta latino de la historia discográfica universal. Santiago de Cuba. 1949.

procesos interdependientes, donde todas las estructuras se presentan y articulan en un orden dinámico, cruzado por interacciones no lineales permanentes que, de tanto en tanto, decantan estilos y nuevos géneros al interior de un sistema cultural específico, el que se organiza y reorganiza constantemente en función del cultivo de esta música derivativamente cambiante. De este modo, no renunciaba a la relación música/sociedad, pero a la inversa de querer ver la música como una expresión social, Orozco veía en qué forma y medida el contexto social expresaba como música aquella especificidad que no podía ser expresada sino y solamente como tal.

Pero asimilar esto en la práctica, así, de buenas a primeras, no era algo nada fácil. Quienes nos inscribimos en sus dos seminarios traíamos en nuestras experiencias previas el apego casi atávico a prácticas y procedimientos analíticos fragmentarios, dicotómicos, inconexos y, por consiguiente, esta propuesta analítico-comprensiva nos generó complicaciones, colapsos y unas cuantas *crisis de pánico*. Y no podía ser de otra forma, pues en sus clases sucumbía estruendosamente la certidumbre de muchas tautologías aprendidas como sacrosantas verdades. Contribuía a agudizar este ambiente la heterogénea y dispar formación que por entonces poseíamos los candidatos a magíster y esta asimetría le dificultaba a Danilo mantener una exposición fluida tanto como lo hubiese querido, lo que nos valió más de alguna de sus ciclónicas descargas. Pero sus arrebatos eran un recurso más bien escénico; paralelamente Danilo estaba siempre atento en compensar nuestros descendimientos y nunca fue humillante reconocer la ignorancia que nos acosaba en algunas áreas del conocimiento. Creo que esta relación franca favoreció que una vez transcurrido cierto tiempo, Danilo comenzara a demostrar un disimulado afecto hacia sus estudiantes. Sin desmerecer la labor de nadie, él destacaba en clase los esfuerzos y logros de quienes conseguían mayores adelantos, subrayando en público los aspectos más notables de un trabajo. Aquí sobresalían algunos más preclaros como Cristián Guerra, a quien Orozco admiraba por su precisión

conceptual, capacidad analítica y su poder de síntesis. María Inés García, que todas las semanas viajaba hasta Santiago desde Mendoza, Argentina, era también otra colega y compañera de quien subrayaba su constancia y tenacidad. Yo andaba algo alejado de aquella esfera y siempre debí dar angustiosos saltos para alcanzar el paso de los más avezados en el análisis.

La densidad intelectual de nuestro profesor no admitía dudas. Tampoco su erudición. Durante tres meses las tardes de los martes y miércoles fueron torneos de masa crítica, instancias reveladoras donde quedaban de manifiesto no solo sus vastos conocimientos, sino la necesidad de reaccionar y romper con nuestros letargos. No obstante, lo que por entonces me movilizó a escribir sobre él fue su forma de articular ideas, su alta capacidad para relacionar procesos diversos y aparentemente disímiles, su potencia para generar conocimiento a partir de una aguda y permanente actitud reflexiva, apoyada tanto en un aparato crítico que no hacía concesiones, como en una desarrollada habilidad deductiva que todo científico debe poseer. Fue eso lo que más me provocó de Orozco, porque lo admirable de la inteligencia humana radica en la capacidad de poner luz donde no la hubo y, en ese sentido, Danilo era la encarnación de aquel abnegado Farolero. Y he de decir en este punto que Danilo en verdad vino a enseñar y a ninguna otra cosa más. Dedicaba su tiempo de estadía a eso que lo convocaba y concentraba. Yo sabía lo desolador que le resultaba embancarse en la soledad de *El Amarillón*² fin de semana tras fin de semana y, por lo mismo, más de alguna vez lo invité a Valparaíso a departir con mi familia. Pero se excusó; era tal la cantidad de material que traía que permanentemente estaba enfrascado entre legajos y grabaciones que aportarían una mejor didáctica a sus clases.

Sé que también rechazó invitaciones a la Cordillera y a otros parajes que por *andinos* le resultaban incomprensibles, inabordables. Es que de verdad le venía mal este clima tanto como el ostracismo que le imponía la dura lejanía de este territorio de montañas y nieves eternas. Creo que, en definitiva, le venía mal este *andino país*—como solía referirse a Chile—, con su gente tan corta de palabra y gestos contenidos. Una fría tarde de fines de mayo, poco antes de entrar a clases y mientras comíamos un Barros Luco³ Danilo me decía, en una mezcla de entusiasmo y desazón: “esto es lo mejor que se ha inventado en este andino país, pero (haciendo gestos hacia el ambiente) ¡esto es del carajo! Mira que ni en Alemania sentí tanto frío como el que he sentido aquí... esto me trae mal. Para que tú ya vayas viendo qué complejidades me trae todo esto”. Diálogos domésticos sin relación con nada más que el diario vivir, fueron momentos que contribuyeron a construir y establecer las confianzas y cercanías que dieron lugar a la entrevista y posterior artículo.

Uno de los aspectos que llamó mi atención en algunas de las charlas cotidianas que sostuvimos fue un manifiesto sentimiento de desolación. A veces su estado emocional era similar al de un estudiante rural que por primera vez debe vivir en un internado ciudadano para terminar el liceo. La distancia y la ausencia se le asomaba en el rictus, cual si estar lejos de lo suyo y los suyos le infringiera una suerte de castigo moral: “¡Coño, Agustín! No es usual que yo me ausente tanto tiempo para realizar un curso en otro país. Tú no sabes qué violentas consecuencias trae todo esto”. Pero no fue sino hasta que tuvo lugar la entrevista, cuando esas *violentas consecuencias* comenzaron a tomar forma: la separación de su familia y su esposa era algo que a Danilo lo afectaba de forma manifiesta. En efecto, la vida de Danilo estaba constituida por su profesión y su familia en una amalgama indisoluble, por lo que el alejamiento físico de los suyos le traía situaciones difíciles que para él no era sino una forma de padecimiento que también tocaba amargamente a su esposa y su prole. Más tarde Olga, su sempiterna *Purri*, me contaría que las ausencias de Danilo en efecto era algo complejo para el grupo familiar. “Realmente, entre las situaciones que más nos afectó se cuentan los tres meses de estancia en la Habana, cuando debió estudiar alemán y más tarde, desde el año 80 hasta el 87, los intermitentes viajes a Alemania durante su doctorado”.

Danilo vino a Chile nueve años después de terminado su doctorado en la Universidad de Humboldt, programa que culminó con *Summa Cum Laude*, máxima distinción con que se puede egresar de la prestigiada casa de estudios germana. De modo que su participación en el currículo de nuestro programa

² Con su humor agudo y corrosivo, Danilo había bautizado como *El Amarillón* a aquel solitario departamento en pleno centro de Santiago, que la Facultad de Artes le había destinado por residencia. Por cierto, el departamento tenía por decorado un único color: el amarillo.

³ Reputado sándwich chileno consistente en finos bistecs de res con queso amarillo fundido. Se sirve caliente en pan de marraqueta o *batido*, frica o molde.

tuvo lugar en una etapa de su vida profesional donde sus ideas y propuestas alcanzaban ya la madurez. Por lo mismo, nuestras clases fueron en muchos aspectos un proceso abierto de reflexión, algo más parecido a un laboratorio con un trazado inicial y provisorio, en el que encontrábamos los elementos necesarios para una permanente revisión y reelaboración de nuestros supuestos y fundamentos. Los seminarios que Orozco dictó fueron, definitivamente, un contrapunto sin muchos protocolos entre, por una parte, las incursiones y expectativas que nos animaban y sostenían y, por la otra, la aquilatada trayectoria de nuestro profesor. Las ideas y los materiales transitaban desde la partitura y tratados del barroco hasta las grabaciones recogidas en sus viajes etnográficos por la región del Cauto en Santiago de Cuba, pasando por Ligeti, Matamoros, Bartók y Brouwer. En sus complejas exposiciones se percibía la densidad de un trabajo en extremo profundo y extenso. Pero si bien su carrera profesional y su propuesta metodológica estaban ya definidas, era posible observar que los alcances y resultados de su trabajo intelectual, lejos de concluir, aún no terminaban de sedimentar. Sus siete ajetreados años de postgrado le demandaron reiteradas estadias en Alemania y un nivel de procesamientos y sistematizaciones que tras una década continuaban tomando forma y produciendo nuevos conocimientos. Famosos eran sus manuscritos preparados para las clases, una suerte de documentos inéditos redactados a modo de ensayos, con la única finalidad de hacernos más cercano y accesible sus planteamientos teóricos e ideas. No sé qué habrá sido de estos legajos redactados en una deplorable máquina de escribir; quisiera creer que en Cuba tuvieron algún destino.

Sin embargo, eso que pudimos recibir en sus clases –la solidez de sus conocimientos– fue el resultado de un proceso espinoso e insospechado. Durante las entrevistas realizadas para *Aquí Macondo...* pude tomar nota de una serie inacabable de impedimentos que obstaculizaron su desarrollo profesional. Algunos parecían propios de un país con pocos recursos, acosado por el bloqueo económico de la vecina superpotencia. Otros me parecían más familiares y lindaban con las mezquindades humanas. Esto lo percibí en sus comentarios acerca del postrero acceso a su beca doctoral en Alemania. Su señero trabajo sobre la Nueva Trova, realizado en los albores de la década de 1970 cuando apenas despuntaba el novel movimiento trovero, constituía ya sobrado mérito para acceder al postgrado; el Premio de Musicología Pablo Hernández Balaguer confirma lo dicho. Pero Danilo tuvo que hacer una larga e indignante antesala, a sabiendas que se cometía con él una grave y reiterada injusticia. Parecía poco coherente que musicólogos que recibieron formación inicial en su aula, comenzaran el proceso doctoral en Alemania mucho antes que él.

Pero esta situación también estaba atravesada por breves de complejidades aún mayores. Este coste se remontaba a decisiones muy anteriores, tomadas en los tiempos de la adolescencia, cuando con apenas 17 años de edad dirigía un coro en la oriental Santiago de Cuba. Me refiero a los años en que Danilo encontró la otra vera de su camino, los años cuando el amor se le vino a quedar como la imperiosa razón y motivo de la obra que realizó a lo largo de su vida. Por lo tanto, creo que el tardío acceso al programa de doctorado tuvo también por gravitante motivo el profundo amor que lo unió a su mujer e hijos, piedras angulares de todo lo que Danilo fue. Olga rememora:

“Nos conocimos con Danilo cuando tenía yo catorce años, en un retiro de jóvenes bautistas que tuvo lugar en El Cristo. Danilo pertenecía a la Primera Iglesia Bautista de Santiago de Cuba. Yo lo había visto en un retiro de jóvenes donde se hizo muy famoso. Por entonces dirigía un coro de hombres que tuvo mucho protagonismo en todos los eventos de la Iglesia. Él ni se enteró que yo existía porque la novedad era su persona, que teniendo diecisiete años dirigía el coro de hombres de la Primera Iglesia Bautista de Santiago de Cuba. Todos los miembros del coro eran mucho mayores que él, pero lo respetaban y lo admiraban por sus cualidades y porque la sonoridad que le sacaba a ese coro era única, impresionante. Ese coro era espectacular, las voces de hombres eran bellísimas, bien acopladas y él logró con aquella gente algo único. Eso fue en el año 1960 y duró más o menos hasta el sesenta y cinco, cuando el coro se disolvió por disímiles razones. Un año después de ese retiro, él me conoció en Marcané, un centro azucarero donde nací y viví hasta que salí a estudiar el pre universitario. Danilo estudiaba guitarra y cuando nos conocimos estaba terminando su bachillerato. Tenía muchos amigos guitarristas y músicos en general. Después me fui a Santiago de Cuba donde estudié la carrera. Luego nos casamos y tuvimos nuestros hijos”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.



Figura 2.

Integrando un cuarteto canta en un homenaje a Frank País, dirigente estudiantil y mártir de la Revolución Cubana, ultimado por la policía de Fulgencio Batista, el 30 de julio de 1957 en Santiago de Cuba, a la edad de 22 años. 1962.

Danilo fue siempre un hombre de principios y deberes. Desde muy joven tuvo posiciones definidas. Su compromiso con la música lo asumiría en la misma época que conocía a Olga, manteniéndose desde entonces una correlación que estaría presente durante toda su vida. En aquella tierna edad de la adolescencia ocurrían al interior de Cuba hechos luctuosos que a ningún joven dejaba indiferente y así como Danilo consagró su amor con Olga, también cerró filas por una sociedad más justa para su patria. Por lo ya dicho me atrevo a pensar, entonces, que su beca doctoral se retrasó también en parte, porque le era extremadamente difícil renunciar, aunque fuera temporalmente, a su vida familiar y a todo lo que amaba. En este punto me parece importante revisar lo que fue esta alianza entre la música y el amor en la vida de los Orozco Alemán. Para ello me tomaré de las palabras de Olga.

Danilo y Olga se conocieron en la adolescencia y de modo casual, como sucede en tantos inicios amorosos. No obstante, el contexto en que Danilo y Olga se encontraron no fue fortuito; por entonces la música era en Santiago de Cuba la argamasa que unía las piezas de un puzzle cultural bastante intenso, donde lo religioso tenía también una expresión contundente, especialmente, el protestantismo. Bien sabemos que Santiago ha sido siempre tierra de grandes tradiciones musicales. Se sumaba a esta tradición el hecho que el ambiente santiaguero de la década de 1950 era regido por una eferescencia artística mayúscula, cuya gestación venía desde mucho antes. Una intensa y dinámica vida musical trasnaba todos los ámbitos de la vida social. Olga nos relata:

“Un médico que era miembro de su iglesia (la de Danilo) fue a hacer el Servicio Rural a Marcané, de donde yo era y donde mantenía una vida religiosa muy activa. Este señor propició unos encuentros entre las iglesias de ambas localidades y comenzamos a intercambiar visitas y actividades que por esos años se hacían con mucha frecuencia. Fue así, que un día, estando yo en la casa donde se hacían los cultos (no teníamos templo) estaba cantando con Daniel Planos, uno de los eternos jóvenes de su iglesia (ya tenía más de cuarenta años) y llegó él (Danilo) y se quedó prendado primero de mi voz y después de mí. Pero él ni se imaginaba que yo lo conocía hacía tiempo y que aunque no puedo decir que estaba enamorada, sí estaba muy impresionada de su forma de ser y de sus cualidades musicales”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.

Desde aquel momento se entrelazarán ambas vidas, compartiendo el amor de pareja y la devoción por la música.

“(Por esos años) había varios coros, algunos profesionales y otros de aficionados. Siempre había conciertos de artistas importantes que no nos perdíamos. (Danilo) me llevó a conocer a un amigo que tenía (en discos) todo lo que se había hecho en óperas. Muchas versiones de una misma ópera, cantantes diferentes, etc. Yo no conocía ese mundo y él me fue introduciendo de tal forma que ya no pude salir de eso. Tenía varios amigos melómanos con colecciones increíbles de música de todo tipo y siempre estábamos visitando a unos y a otros. A mí me gustaba mucho la música porque desde niña tenía una vecina que estudiaba piano. Ella se convirtió en mi modelo a seguir y comencé a escuchar buena música desde temprano. Al unirme a Danilo esto se multiplicó. Pero no solo ópera ni música *culta*. El asunto fue que desde niña yo estaba acostumbrada a escuchar la música popular (Matamoros, Los Compadres, La Trova cubana en general) porque mis padres eran muy afines a la música y cantaban y bailaban siempre que podían. La mamá de Danilo cantaba con él y ellos todos gustaban de la música cubana más auténtica y eso hizo que yo conociera y me gustara aún más nuestra música tan rica. Conocimos juntos a muchas leyendas vivas de la vieja trova santiaguera: Dani tiene grabaciones únicas de esos viejos que hoy son unos tesoros. Eso es un bello recuerdo que tengo de esos primeros tiempos junto a él”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.

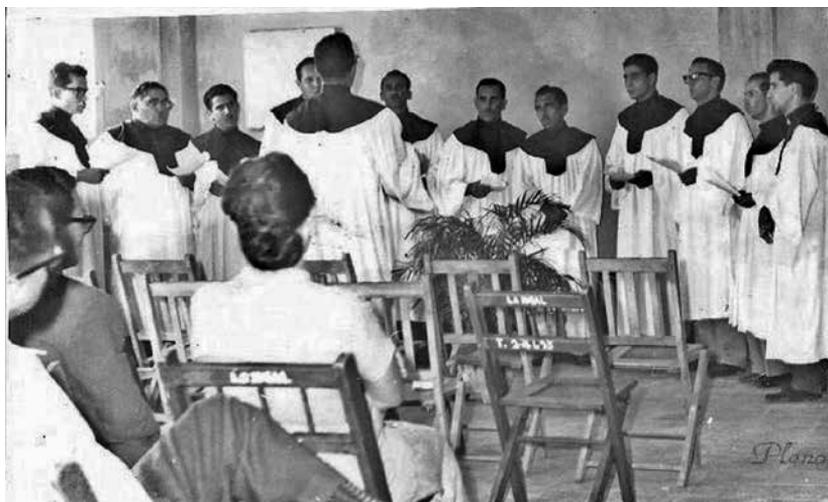


Figura 3.

Danilo Orozco, con toga y de espaldas, dirigiendo el Coro de Hombres de la Primera Iglesia Bautista de Santiago de Cuba. Esta iglesia, de gran vocación social, gravitó decisivamente en muchos jóvenes santiagueros como Danilo. Uno de sus fundadores de esta iglesia fue el pastor gallego Francisco País Pesqueiras, padre de los hermanos Josué y Frank, mártires de la Revolución. La foto fue captada en una velada musical entre 1962 y 1963.

El testimonio de Olga Alemán no solo nos sitúa en la dimensión que la música tuvo en sus vidas y relación de pareja; también nos proporciona importantes antecedentes para entender lo que posteriormente será el proceso que dio lugar al musicólogo cuya formación se debió más a la comunión marital que a la vida académica.

“La música era el centro de nuestras vidas. Cuando nuestra primera hija nació, Keyla, nos quedábamos boquiabiertos de ver cómo cantaba desde muy pequeña y como hacía con sus manos

el ritmo de algunas de las nanas (canciones infantiles) que le cantábamos. Dani la grabó desde que tenía un año y medio. Él se sentía tan orgulloso de ver como aquellas cosas iban saliendo con tanta espontaneidad; todo fluía muy natural. Con Pucho, el segundo (hijo), pasó lo mismo. Es que lo primero que hacen (los niños) es cantar (.) (Nuestros hijos) escuchaban mucha música grabada y en vivo, porque a la casa iban muchas personas cuando se hacían festivales o simplemente cuando iban a que Danilo les enseñara esto o lo otro. Había un ambiente muy rico y se escuchaba de todo: Mozart, Beethoven, Matamoros o el changüí de Guantánamo o Compay Segundo, era igual. Nuestros hijos se fueron nutriendo de todo aquello y el resultado fue que tenemos tres hijos que son unos *musicones* increíbles”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.



Figura 4.

Danilo Orozco y Olga Alemán, en el día de su boda, Santiago de Cuba, agosto de 1967.

Pero no quisiera dejar la impresión que mientras transcurre el relato comienzo a confundir los planos y que, sin más, me he pasado desde el músico y musicólogo hasta el esposo amante. No. Es que la vida de Danilo y su importante trayectoria como musicólogo no se puede entender sin el rol protagónico de su compañera. Olga fue la contraparte de un proceso que implicó la vida de Danilo como una totalidad y que hizo de él un profesional tan brillante como complejo. Ambos asumieron una relación difícil, forjada en medio de un tempestuoso mar de problemas, donde el temperamento y carácter del propio Danilo se contaban entre los más gravitantes. Los Orozco Alemán comenzaban su relación al tiempo que él terminaba su bachillerato y ella aún estaba en la secundaria. Pasado algunos años de intenso y difícil noviazgo se casan, tras comprobar en los hechos que ni él ni ella podían proyectar sus vidas por separado. El casamiento, a su vez, sería el catalizador de otras decisiones igualmente trascendentales: en el seno de la convivencia marital Danilo asumiría definitivamente que la química no era lo suyo, abandonando en 1966 la carrera de ciencias. Esta fue una decisión que solo Olga comprendió en su real dimensión, pues sería en el seno de la convivencia donde Danilo comprendería y asumiría definitivamente que él era un músico ingénito, aunque nunca antes le habían canalizado debidamente esa vocación.

La vida matrimonial le impuso nuevas responsabilidades. Tras dejar la carrera de Ciencias Químicas, comenzó a trabajar. Primero como profesor de matemáticas en un preuniversitario nocturno de Educación Obrera y Campesina, experiencia en la que duraría apenas unos cuantos meses. No obstante, esa misma inclinación por el conocimiento que lo llevó a estudiar ciencias naturales, la volcaría definitivamente a la música, justamente desde un punto donde casi ningún músico lo hace: la física y la matemática.

“A mediados del 68, con menos de un año de casados (Danilo), se fue a La Habana a buscar trabajo y mejor suerte. Fue así que ni recuerdo cómo, se enteró de que necesitaban en la ENA (Escuela Nacional de Arte) un profesor de acústica musical y él se presentó para asumir ese trabajo. Se pasó meses estudiando como un caballo y desde que comenzó se echó en un bolsillo a todo el mundo. Ahí conoció a todas las personas que lo ayudaron a desarrollarse en ese mundo. Así comenzó su carrera y también los avatares de nuestra relación, porque nos pasábamos meses y meses sin vernos. En el primer viaje que vino de vacaciones, quedé embarazada de Keyla y ese fue entonces otro de los grandes problemas que se nos presentó en nuestras vidas”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.

Danilo levantó una propuesta musicológica a partir de una práctica musical de gran solidez, la que asumió desde una edad muy temprana. Con la misma dedicación con que acometió la dirección coral, se inició más tarde en el estudio de la guitarra, instrumento que sin duda lo llevó por nuevas sendas. Fue el tiempo en que Danilo comenzó a establecer amistad y relaciones con destacados músicos de la vanguardia de aquel entonces.

“Danilo conoció a Leo Brouwer en la época que fue a trabajar a La Habana en la Escuela Nacional de Artes. Por entonces se había formado el Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC (Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos). Allí impartía clases junto a importantes personalidades, entre los cuales se hallaban Leo Brouwer y Federico Smith, este último un profesor norteamericano con quien entabló una fuerte amistad. En el Grupo de Experimentación estaban también Pablo (Milanés), Silvio (Rodríguez) y otros importantes músicos que integrarían lo que después se llamó la Nueva Trova. Fue entonces que surgió la amistad con Leo y con Pablo, quienes frecuentemente nos visitaban en nuestra casa de Santiago de Cuba, ocasión que siempre motivaron tertulias infinitas. En Santiago había por entonces un círculo de guitarristas muy grande, muy cercano a Danilo y cuando Leo llegaba se producía algo muy lindo con todo ese grupo”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.

Al seguir con atención los relatos que dicen relación con el sentido de vida de los Orozco, podremos ver que persiste la presencia de la familia y la música. Y es que la familia fue siempre una



Figura 5.

La familia Orozco en su casa de Santiago, el 6 de febrero de 1982, durante el segundo cumpleaños de César, el más pequeño de los Orozco Alemán. De Izquierda a derecha: Pucho, Danilo y César (delante de su padre), Olga y Keyla.

realidad gravitante en la vida profesional y musical de Danilo, no por ser un impedimento o solo una obligación autoimpuesta, sino más bien por constituir una realidad a la que atendió siempre con la misma resolución que a la investigación. Podríamos decir incluso, que su vida familiar y matrimonial fue la matriz donde se gestó su compromiso con la música, a la vez que una importante extensión de su propia vida musical. De hecho, todos sus hijos son grandes músicos que desarrollaron sus talentos como parte de las cosas que se hacían en casa, junto a sus padres.

Olga recuerda que “Danilo volvió a Santiago en 1972, un año después que nació Pucho y aunque nunca a nosotros las cosas nos fueron fáciles, te digo que esos años fueron los más felices de mi vida”. Es que de verdad, nunca las cosas fueron a gratuidad para Danilo y los suyos. Iniciar una familia y dedicar la vida profesional a la música sin más que la guía de un talento en desarrollo, puede a veces complicar las cosas en extremo. Más aún si la vocación se orienta hacia la musicología con una formación autodidacta que apenas permite vislumbrar alguna promesa. Así, los años del inicio fueron tiempos complejos y de extrema dificultad para los Orozco. Olga cuenta:

“Éramos muy jóvenes y las vicisitudes nos fueron haciendo la vida extremadamente difícil. Lo que más nos complicó en ese tiempo fue la distancia insalvable entre Santiago de Cuba y La Habana, en circunstancias que yo ya tenía una niña pequeña y estaba a punto de tener otro hijo. Como yo no pude irme para La Habana, a Danilo no le quedó más remedio que regresarse para Santiago, pero ya con otra perspectiva y con su mira puesta en un objetivo específico: hacer musicología, aunque esto era una meta y un fin porque, de hecho, ya estaba haciendo musicología. Dani leía sin parar, estudiaba armonía. Un amigo le traía libros de la biblioteca de la universidad. Además, no solo estudiaba música, sino sobre todo se metió de lleno en los estudios de la cultura cubana, de la personalidad del cubano, de cómo hablaban, de cómo se movían. Entonces comenzó a escribir artículos que ya son clásicos y que todos los estudiosos buscan. Uno de ellos lo publicó la Universidad de Oriente en su revista *Santiago*, específicamente el que salió en el número 33 titulado “El son: ritmo, baile o reflejo de la personalidad cultural cubana?”. Esto se publicó en 1979, pero ya antes había escrito otros artículos e impartido conferencias sobre el tema y muchas personas, entre ellos importantes intelectuales, estaban interesadas”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.

El retorno de Danilo a Santiago de Cuba no fue un hecho inadvertido. Podríamos decir que en ciertos ambientes su regreso fue un suceso. A poco andar ya estaba instalado con un nuevo trabajo en el Instituto del Libro. Pasado unos meses se mudó a una dependencia del Ministerio de Cultura, trabajo que le permitió moverse en diferentes lugares. Ahí estableció contactos y relaciones con trovadores y cultores de la música más auténtica del Oriente, hecho que en el futuro tendría insospechadas repercusiones para la música popular de tradición cubana. Luego ingresó a una recién formada institución: el Taller Cultural, donde coexistían todas las manifestaciones artísticas y en la que Danilo pasó a dirigir la sección de música. Eran tiempos de mucho trabajo y grandes desafíos sociales, pero principalmente, fueron los años en que la familia volvió a estar reunida bajo un mismo techo. Así lo recuerda Olga:

“Esos años fueron los más felices de mi vida. Pucho y Keyla eran pequeños pero gozaban de una gran musicalidad y Dani se sentía muy orgulloso de eso. Él se lo llevaba los sábados para el Taller Cultural y después nos reuníamos para ir a almorzar en algún sitio cuando yo salía del trabajo. Nos visitaban muchas personas en tiempos de los Festivales de Coros, que eran siempre en diciembre y que pasaron a convertirse en un suceso cultural para nosotros”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.

Bien sabemos cuán intensa fue la vida cultural y musical en Cuba durante la década de 1970 y Danilo no estuvo al margen de este histórico proceso. Muy por el contrario, lo protagonizó con genuina iniciativa. En esos años Santiago fue sede de varios festivales de la canción política, el son y un sinnúmero de otras expresiones en las cuales siempre estaba involucrado de uno u otro modo, por las tareas que a su cargo le competían. Este es el tiempo en que conoce a trovadores populares de asombroso talento y notables creaciones, como el cantante, compositor y guitarrista Freddy Laborí y su *Fuga de la tórtola*. También es la época en que estrecha sus vínculos con artistas de la Nueva Trova. Además de las responsabilidades públicas que debió cumplir, Danilo realizó por ese periodo un importante trabajo de campo que incluía encuestas, entrevistas y registros, puesto que por entonces ya había

comenzado a rondarle la idea de ingresar al programa de doctorado. En este contexto de dinámica intensa, la casa de los Orozco era en la práctica un espontáneo centro de encuentros, reuniones y actividades, que con mucho excedían las funciones y características propias de un hogar convencional. El testimonio de Olga es una ilustrativa descripción de lo que este matrimonio vivía por entonces en su casa de Santiago de Cuba:

“(Nuestra casa) era un mini Ministerio de la Cultura. Allí iba a parar todo el mundo, viejos de la trova, changüiseros de Guantánamo, Compay Segundo, Pablo Milanés, Pedro Luis Ferrer, María Felicia, Martín Rojas y qué decir de los guitarristas. Cuando iba Leo Brouwer después del concierto oficial, siempre había un grupo de seguidores de la guitarra que terminaban en las tertulias que se armaban en nuestra casa, tocan o no. Tantos músicos que nos visitaban. En la sala de mi casa hicimos tertulias inolvidables, de las cuales algunas están grabadas. De otras desgraciadamente solo conservamos el recuerdo”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.

Más tarde, ya iniciada la última década del siglo XX, Danilo comenzó a impartir clases en el Conservatorio Esteban Salas. Pero, en honor a la verdad, es necesario decir que eso fue mucho más que simples clases; aquello se convirtió en un suceso cultural y, tratándose de Santiago de Cuba, esto es mucho decir. Así lo testimonia la propia Olga, al rememorar esos días:

“Todo el mundo participaba de sus clases; hasta la directora del Conservatorio. Los alumnos sabían cuándo comenzaba una clase, pero nunca sabían cuándo terminaba. Una de sus alumnas de esa época dijo en el homenaje póstumo que se le hiciera el día de su cumpleaños, que Danilo les cambio sus vidas. (Dijo) que él lograba escanear a cada uno de sus estudiantes y así saber de qué era capaz. Por eso Dani no le ponía las cosas generales, si no lo que él sabía que el alumno podía verdaderamente aportar. Hay que escuchar esos testimonios porque son muy reveladores”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.



Figura 6.

Dictando una conferencia en el contexto de una de las versiones del Festival Nacional de Son en Guantánamo. En el extremo izquierdo y en primera fila, vemos a Pablo Milanés, con quien Orozco mantuvo una estrecha relación. Foto tomada entre 1981 y 1982.

Quienes aquí en Chile estudiamos con Orozco podemos reconocer en este testimonio hechos indimentables que asaltan nuestros recuerdos. Danilo hacía clases maratónicas que bien terminaban

no por el horario preestablecido, sino por situaciones cotidianas y mundanas, como el hambre o la fatiga de sus estudiantes u otros motivos ajenos a su ímpetu docente. Nosotros, habituados a una rutina más bien burocrática, teníamos por costumbre llegar a clases faltando algunos minutos antes de la hora de inicio. Pero esto comenzó a cambiar después de una de sus clásicas descargas:

“Ustedes vienen para acá a las cinco (a las 17.00 horas comenzaban sus clases) y se sientan como si éstas son unas *clasecitas* más. Pero no se crean que encontrarán estas clases por ahí nuevamente o que yo voy a venir el próximo año a repetir este programa. No es usual que yo me aleje por tanto tiempo de Cuba. Esto me trae tremendas complicaciones de todo orden, así que deben aprovechar al máximo el tiempo que yo puedo estar con ustedes.”

De verdad que él impartía una docencia de intensa dinámica. Sus maratónicas clases dejaban al descubierto su propio *agone*, es decir, todo lo suyo que continuamente debió sacrificar por la intransigente lealtad que consagró a su vocación y su carrera. Por lo mismo sus clases no seguían necesariamente un libreto riguroso, sino más bien ciertas pautas que tenían, en más de un sentido, una dimensión ritual: oralidad pura donde nunca un episodio se vuelve a repetir ni tautológica ni modélicamente. En sus exposiciones se podía apreciar su devoción por la palabra expresada, palabra como fuente convocadora de sesiones que en mucho se parecieron al ágora, a la plaza de los libres, al foro de las ideas y pensamientos. En este sentido, Danilo era un hombre de reflexiones públicas e interpelantes. Sus clases eran, por lo tanto, una musicología de la oralidad, del encuentro con el saber mediante conocimientos que nacían en el trabajo personal, pero que alcanzaban forma en el discurso cotidiano que sustentaba toda reunión que tomara curso en torno suyo. El de Danilo no era, por lo tanto, un decir convencional ni previsible, sino un saber profundo que asomaba mediante la oratoria. Elocuente como era, su palabra tenía una superficie de contacto absolutamente persuasiva. Parte de la dimensión discursiva de este conocimiento quedó ilustrada en la voz en off que conduce el documental *Orígenes desde el Changüí*, rodado en 1983 (ver <https://vimeo.com/4715616>)⁴. Finalmente sus conocimientos terminaban de modelarse de cara a la comunión de los presentes, por el misterioso poder de aquello que los antiguos denominaban *verbo*. Si bien Danilo preparaba con esmero los contenidos y materiales de sus clases, el rumbo que éstas adquirirían guardaba una estrecha relación con el proceso reflexivo y dialógico que imperaba como estructura formativa. Al igual que un vector, sus propuestas teóricas cobraban mayor magnitud, sentido y dirección conforme se desplazaba y ese desplazamiento no era otra cosa que la sinergia dialéctica que entablaba con sus interlocutores.



Ver documental aquí.

En este punto debo reconocer mi inquietud por otro factor emergente en su docencia. Me refiero a sus textos. Luego de un año de conversaciones epistolares con Olga Alemán dispongo de una bibliografía completa de la producción literaria de Danilo, preparada con exhaustividad por la bibliotecóloga Xonia Jiménez López⁵. Pero como ya se veía en los años 90, es muy posible que sus publicaciones no logren siquiera dar un pálido balance de cuánto propuso en sus clases. En este punto

⁴ Román González 1983.

⁵ Especialista principal de la Fundación Alejo Carpentier y del Archivo Danilo Orozco, La Habana, Cuba.

podría decirse que Danilo dejó una cuenta pendiente. No obstante, sabemos que su final se precipitó inesperadamente. Esta asimetría entre sus publicaciones y sus presentaciones públicas, ponen en perspectiva otra de las características de Orozco: él escribía borradores, legajos reflexivos y provisionales porque su ideario estaba siempre en constante estado de ebullición. De hecho, las ideas que Danilo desataba en torbellinos reflexivos, tendían a evolucionar en sus abordajes y ejemplos analizados, como un sistema de nociones recursivas, cual logos en permanente y abierto proceso.

Mostraba aquí lo propio de un científico: no sentirse nunca cómodo en la certeza de un conocimiento cuando éste llega a la categoría de verdad. Por lo mismo que escribía estos manuscritos, algunos de los cuales los redactó en solitarios fines de semana en Santiago de Chile. Escritos que no tenían otra pretensión que enseñar, mostraban un divorcio grande entre la apariencia formal –verdaderos cadáveres exquisitos– y los contenidos de los mismos. Creo oportuno entonces invertir el orden de las responsabilidades: dado el rol y la perspectiva social del conocimiento y la enseñanza que movilizaba Danilo, pudo ser entonces responsabilidad de la audiencia el haber tomado nota de estas ideas y compilar estos apuntes, para luego darse a la tarea de editarlos. Pero algunos alumnos de Danilo supimos cuán difícil era realmente acometer esta tarea; mi amiga Liliana González se cuenta entre las personas que por aquel tiempo lo intentaron.

Nuestra preocupación fue entonces la misma que ha animado a Olga a tomar parte en la recuperación y difusión de este patrimonio, por lo que estos textos avizoran un futuro más promisorio para el legado de Orozco: “Danilo tiene muchos artículos, ensayos y conferencias publicadas. Pero hay libros que quedaron en preparación y de eso también nos estamos ocupando. En este momento ya hay al menos dos que están en proceso de edición; uno de ellos es su tesis doctoral (.). En La Habana dejé encaminado un archivo en el cual pudimos organizar sus cosas. Tenemos un cajón con toda su bibliografía activa y también la pasiva. Incluimos también recortes de diferentes periódicos y revistas que pudimos encontrar, donde se hubiera publicado sobre él”. La vida tiene estaciones y Danilo no pudo llegar hasta la última de ellas. Por este motivo, Olga ha seguido con fidelidad la necesaria tarea de conservar y difundir el legado de este ilustre cubano. Al parecer, con la ayuda de Xonia Jiménez López esto ha comenzado a hacerse realidad.

Danilo fue un musicólogo que se forjó en la persistencia del trabajo y en la insistencia de algunos planteamientos básicos, como lo fue llegar a comprender la relación que domina la música, sus formas y estilos, en un contexto procesual más amplio. Bajo nociones como género, proceso genérico o modo genérico, la música fue puesta en una dimensión social y cultural pero no explicada desde la antropología, la sociología u otras disciplinas colaterales, como muchas veces ocurre, sino desde los procesos propios de la música como lenguaje, arte y expresión social. Estas interpretaciones, por cierto, no solo eran de la más alta importancia para desarrollar un modelo comprensivo, sino además, para el establecimiento de una actitud científica apartada de cualquier linealidad mecánica, más allá de cualquier canon o modelo preestablecido. Y es que ni su vida ni su propio trabajo musicológico fueron lineales. Tampoco lo fueron su formación ni su trayectoria. Danilo no devino musicólogo tras cursar un programa regular de formación inicial, tal como hoy podemos hallar en los currículos de pregrado que ofrecen algunas universidades. Más bien, fue el resultado de un rejuego de opciones, disyuntivas, decisiones, esfuerzos y lealtades, donde el trabajo, la familia y el matrimonio fueron el verdadero crisol que dio forma al musicólogo y en esto Olga es clara en precisar hasta qué punto y en qué medida lo fue.

“Yo no me enamoré del guía, del *nec plus ultra*. Yo me enamoré de un muchacho lleno de defectos y virtudes, que a mi lado y sufriendo todo tipo de avatares se hizo lo que fue posteriormente. Yo nunca vi al maestro, yo siempre vi al hombre que se hizo de puros pulmones y que lo sacrificó todo para llegar al lugar que llegó. Nos costó trabajo a los dos. Él estudiaba sin reparar en horas ni momentos, solo quería alcanzar un objetivo que al principio ni siquiera sabía cuál era. Danilo siguió adelante de forma autodidacta, a costa de sacrificarnos casi siempre a nosotros (la familia), de no ir nunca de vacaciones, de vivir solo para estudiar y buscar informaciones necesarias. Eso lo convirtió en la persona que después tú y tantos otros conocieron”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.

Este gran esfuerzo por consolidar una trayectoria lo llevó a enfrentar empresas titánicas, como fue su temprano y acabado estudio acerca de la Nueva Trova. El resultado de esta investigación, que contemplaba un profundo análisis de la producción musical alcanzada hasta entonces por el emergente

y juvenil movimiento, fue presentado en la primera versión del Premio de Musicología Pablo Hernández Balaguer. El jurado del certamen, que en aquella ocasión estaba presidido por Argeliers León, tuvo a bien fallar en favor de Orozco, otorgándole el primer premio en la categoría de Análisis. Podríamos decir con certeza que este premio fue su punto de despegue, la instancia que mercedamente le otorgó el primer reconocimiento a la tarea musicológica que apenas había comenzado cinco años antes.

Seis años más tarde tendría lugar la primera versión del Premio Musicología Casa de las Américas, concurso mundialmente conocido y que desde un inicio dio claras señales del elevado nivel que por entonces la musicología había alcanzado en Cuba. En esa oportunidad Orozco integró el jurado del prestigioso evento. A la sazón era ya un consumado intelectual que bien podía compartir labores y sitios junto a musicólogos de consagrada e inveterada trayectoria. Fueron esos los años en que Danilo comenzó a consolidarse en el escenario nacional del estudio de la música cubana. Desde entonces su labor ya no cesó sino hasta poco antes de su muerte. Aquí destaca nuevamente su pertinacia para con el trabajo, esa consigna que nunca abandonó. Estando en el hospital y ya casi en el fin de sus días, logró terminar con la ayuda de una alumna suya, su último artículo que, gracias a las gestiones de Olga, fue divulgado *post mortem*. El artículo que trata sobre el reguetón, fue publicado en 2013 por *Gaceta* N° 5, una revista de La UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba).



Figura 7.

Integrando el jurado de la primera versión del Premio Musicología Casa de las Américas, La Habana, 1979. De izquierda a derecha: Fernando García (Chile); Manuel Marino (República Dominicana); Axel Hesse (RDA); Danilo Orozco (Cuba); Argeliers León (Cuba); Haydee Santa María, fundadora y primera presidenta de Casa de las Américas (Cuba); César Arróspide de la Flor (Perú), María Teresa Linares (Cuba).

Por lo mismo, hay que tener presente que Orozco no fue el característico musicólogo de gabinete. La naturaleza de sus tareas y responsabilidades, más lo asemejó a un personero de Estado que a un académico acomodado en la titularidad de una cátedra. Y esto no es un decir: cuando terminó su doctorado en 1987, pasó a trabajar en la Dirección Provincial de Cultura de Santiago de Cuba, donde dirigió un departamento de investigaciones creado por él. Además, fue miembro del Consejo Asesor del Ministerio de Cultura en La Habana, donde ocupó el cargo de consultivo permanente desde el inicio de este organismo estatal. También pertenecía al Consejo Nacional de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

Y aquí nuevamente me viene a la memoria uno de los temas recurrentes abordados en las conversaciones que con ocasión de la ya mencionada entrevista sostuvimos en 1996: la infinidad de cortapisas y problemas que surgieron cada vez que quiso acceder al programa de doctorado en Berlín. Trabas

de las más variadas y diversas. Alejarse de su familia fue siempre un problema serio pero no un impedimento; su esposa e hijos siempre lo apoyaron en sus cruzadas asumiendo los altísimos costos que esto traía a la convivencia familiar. Aun a riesgo de una diatriba, me inclino por pensar que fue esta doble militancia de académico y servidor público, lo que en más de algún sentido le retrasó también el acceso de su candidatura al programa doctoral germano. Y no hablo solo de una situación específica; esta es la suerte que muchas veces deben correr los intelectuales que no se forman en la Facultad y no hacen carrera académica.

Por lo que creo posible que en más de algún momento Orozco haya debido pagar el desparpajo de llegar a figurar entre los más sobresalientes intelectuales de la música cubana, sin más mérito que su genio y la contumacia propia de un autodidacta. No podemos negar la importante relación que mantuvo con Argeliers León y Federico Smith durante el periodo en que trabajó como profesor de acústica musical en la Escuela Nacional de Artes de La Habana (1968-1972). Según Jiménez López, Danilo desarrolló con Argeliers León una experiencia importante en el campo de la metodología musicológica y la crítica sistemática a los enfoques epistemológicos de la musicología. Del mismo modo, en la amistad con el profesor y compositor Federico Smith “encuentra una sólida base formativa a través del trabajo analítico, sobre todo en métodos modernos del análisis musical y de la composición”⁶. No obstante, Danilo no fue discípulo de éstos, sino más bien mantuvo con ellos una relación de amistad. Si de estas ilustres figuras recibió orientaciones que aportaron a su formación, ésta se modeló principalmente en su proceso autodidacta, ecléctico, *sincrético*.

Este eclecticismo, que no reconocía banderas, se notó siempre en diversos y variados gestos suyos: su corrosivo sentido del humor al momento de abordar algunas teorías bobaliconas; su irreverencia para con ciertos cánones de la musicología; su repugnancia por el aburguesamiento académico y la obesidad intelectual; todo esto en contraste con la prístina admiración y el profundo respeto con que se refería a los músicos y creadores genuinos, fueran estos Wolfgang Amadeus Mozart, Miguel Matamoros, Félix Valera Miranda o György Ligeti. Y esto no era una materia de comentarios livianos o gratuitos: aún recuerdo sus apreciaciones matemáticas para explicar la linealidad del modelo serial dodecafónico de Schönberg, en contraste con el modelo de proporciones progresivas de Béla Bartók basado en la sucesión de Fibonacci y el modo en que su organización se implicaba con la sección áurea y otros ordenamientos posibles de observar en la naturaleza.

Y no hacía estas aproximaciones por alarde: su objetivo era llamar la atención sobre la gratuidad de algunas certezas que por acrílicas y cómodas se vuelven lugares comunes. Sin duda que en ocasiones el nivel y contundencia de su crítica era devastador y de esto se supo en muchos ambientes. En algunas notas que he leído en Internet acerca de la obra, figura y genio de Danilo, se destaca el examen final y la defensa que hizo en Alemania de su tesis doctoral, ante un jurado que, más bien, tuvo que resguardarse de cierto vendaval teórico venido desde el Caribe. Y es cierto, este ciclón venía a zarandear algunos estancos con esas innegables certidumbres que envuelven a las sacrosantas verdades. Hoy se cuentan y rememoran estas y otras hazañas de su experiencia en Alemania, no solo por las reformulaciones de enfoque y metodología, sino también por sus planteamientos teórico-interpretativos de fondo. Creo que en todo esto se ha ensalzado el mérito y talento de Danilo con justo apego a la verdad.

No obstante, me queda un cierto resabio a colonialismo cuando se insiste mucho con este tema del asombro o perplejidad de los sabios alemanes frente a este Orozco santiaguero y macondiano. El regusto final –así como el de un vino acre–, semeja notas de un servilismo en el que pareciera que la cúspide de un intelectual latinoamericano consistiese en quedar bien ante la encandiladora Europa. Y Orozco de esto no tenía nada. Poco se destaca, en cambio, otro tipo de hechos que fueron aún más deslumbrantes. El mismo musicólogo que impresionó a la Universidad de Humboldt, guiado por sus convicciones, muchas veces dejó el camino por coger la vereda. Así fue que se internaba por los orientales campos de la región del Cauto.

Y digo esto porque Danilo no fue hombre de impresionarse sino principalmente con lo suyo y los suyos; con lo propio. *Rellollo*⁷ leal a su terruño, recorrió una y otra vez la cuenca del segundo río más caudaloso de Cuba e hizo prodigios que a la postre dejaron mucho más que conocimientos y datos

⁶ Jiménez López 2013.

⁷ Rellollo: Adjetivo que se usa precedido de un gentilicio, para expresar con énfasis que se es oriundo o típico del lugar que es indicado por el gentilicio. Consultado en <http://archivo.cubarte.cult.cu/periodico/print/noticia/162865.html> <12-03-2015>

para sostener una tesis. Sus recorridos por la región de Guantánamo y el corazón del oriente cubano también dejaron al descubierto un caudal de hallazgos tan importantes como las mismísimas aguas del río aquel. En aquellos paisajes Danilo conoció y trabajó durante años con músicos populares de tamaño valía, como la descendencia de los Latamblé o la familia Valera Miranda, a la que citó con tantos y enjundiosos ejemplos de changüí y nengón que resonaban a lo largo de sus exposiciones procesuales sobre el origen, desarrollo y diversificación del son. Y no era que quisiera meternos por la fuerza la música cubana, su evolución y su historia. Todo lo contrario; tanto con Mozart como con los Valera Miranda su propósito era enfrentarnos a ciertas universalidades de la música, orientándonos a observarla en su dimensión de proceso de compleja trama textural y de profunda imbricación social.

Porque Orozco proponía desmarcarse de apriorismos y rotulados, de las ideas preconcebidas y los prejuicios, para apreciar que detrás de procesos genéricos más o menos acotados por condiciones histórico-contextuales o más o menos específicos por situaciones socioculturales, prevalece la universalidad de las nociones de cómo la humanidad organiza el sonido para desarrollar lenguaje musical. Desde esta perspectiva pudimos ver las posibles relaciones de procedimiento tanto en las operaciones fragmentarias por los cuales se estructura el discurso musical de los dos pianos en Boulez, en correspondencia con las fragmentaciones que son propias del changüí y que se establecen entre el bongü y la marímbula en rejuego con las intervenciones armónico-melódicas y contrapuntísticas que conduce el tres. En todos estos casos la música ocurre en una textura dominada por una noción *puntillista*.

Más allá de los estancos que segmentan el campo de estudio de la música según los contextos o las tradiciones, Orozco proponía una aproximación transversal centrada en las redes procesuales, que es donde realmente ocurre la organización social del sonido y que hace de las experiencias musicales algo tan especialmente específico y distintivo, al tiempo que similares, relacionables y reconocibles, según sean las experiencias estético-sonoras de quien observa y analiza. Dado que esta es la tarea que le corresponde al musicólogo, Orozco provocaba desde esta perspectiva rupturas con ciertos determinismos dominantes en el sustrato ideológico del academicismo musical. Con especial ahínco desbarataba aquellas representaciones icónicas de la imaginería decimonónica, representaciones de *corte y costura*⁸ que desde siempre nos representó la oralidad musical como un estadio de la barbarie.

A pesar de la contundencia teórica de su trabajo, Danilo no se dio solo a la tarea especulativa. Consecuente con el planteamiento social de su trabajo, desarrolló una actividad de campo donde puso lo mejor de sí. La labor etnográfica fue, tal vez, una de las experiencias más gratificantes de su vida, porque en ella encontraba el vínculo vivo entre la música y lo subjetivo.

“No había mayor placer para él que descubrir a personas super talentosas en medio del campo. Personas que hacían música muy primitiva y que ni ellos mismos sabían el enorme valor que esto tenía para la cultura cubana. Eran experiencias increíbles, pero le resultaba muy difícil hacerle entender a los dirigentes de la cultura el enorme valor que había en esas personas. Danilo sufrió mucho con tantas incomprendiones con las que tuvo que lidiar a lo largo de su vida”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.

Ya hacia el término de su doctorado Orozco continuaba estrechamente vinculado a la región del Cauto. Animado de un propósito reparatorio para con todos aquellos grandes músicos campesinos a los que tanto admiró y que siempre estuvieron presentes en su investigación de campo, llevó a cabo una gestión magistral. Me refiero al álbum *Antología integral del Son*⁹, material discográfico que ilustró para el público general parte de los resultados de su tesis y la proyección artística de los músicos campesinos que en aquel disco participaron: la familia Valero Miranda. En este mismo contexto Danilo organizó con familias de acendrada tradición musical campesina, un espectáculo junto a figuras consagradas como Pablo Milanés, Omara Portuondo, Frank Fernández, la Orquesta Sinfónica de Santiago e Isabel Blanco, una bailarina de danza moderna que deslumbró con su versión del *Elogio de la danza* de Leo Brouwer. Olga nos cuenta:

⁸ Esta fue otra de las categorías que, en tono de chanza, Orozco utilizaba para desacralizar las epistemologías simplonas que con frecuencia operan en los circuitos disciplinarios, intentando explicar cuestiones complejas que requieren aproximaciones igualmente complicadas y siempre transitorias.

⁹ Familia Valero Miranda. *Antología integral del Son*. Cuba, Sello Siboney (2): LD-286, 1987.

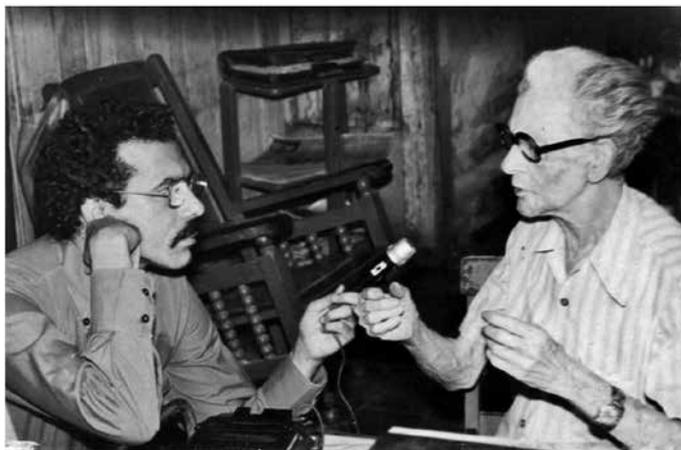


Figura 8.

Realizando trabajo de campo en la región del Oriente con un músico de familias centenarias de la zona de San Luis, al norte de Santiago de Cuba y a medio camino de Palma Soriano.



Figura 9.

Con Félix Valera Miranda, tresero e integrante de una de las más notables tradiciones familiares del changüí en la región del Cauto. Félix fue un importantísimo colaborador en sus investigaciones de campo para su tesis doctoral.

“En 1988 Danilo dirigió un Festival del Son en Santiago de Cuba que se caracterizó fundamentalmente por la presencia de familias centenarias con las que había trabajado en su tesis de doctorado. Los aportes de estas personas a la tesis de Danilo fueron determinantes para definir lo que él denominó *Modo Son*. Durante unos seis meses (Danilo) preparó y trabajó un precioso repertorio con Compay Segundo y la reciente formación del Cuarteto Patria con Eliades Ochoa al frente. También con la familia Valera Miranda y el grupo Changüí Guantánamo. Todas estas personas habían estado en el mencionado Festival. Todos ellos en esa época eran muy poco conocidos en Cuba, mucho menos en el extranjero”.

Olga Alemán, La Habana. 2014.

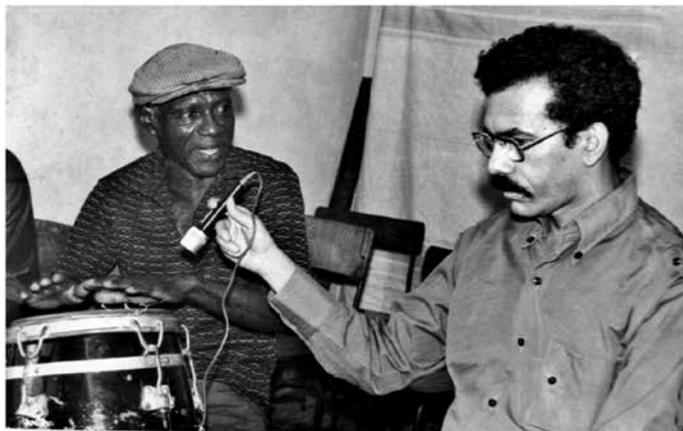


Figura 10.

Con un integrante de un grupo sonero de la zona de San Luis.
Las fotos corresponden a sesiones de trabajo en terreno entre los años 1982 y 1983.

Tras el éxito de esta inédita y extraordinaria producción presentada en el Teatro Oriente de Santiago de Cuba, Danilo fue comisionado para organizar la delegación que Cuba enviaría al año siguiente a la vigésima segunda versión del Festival de Culturas Tradicionales del Instituto Smithsonian, en Washington, D.C. Este nuevo evento permitió, por ejemplo, que Máximo Francisco Repilado Muñoz –más conocido como Compay Segundo– iniciara su camino al estrellato mundial. Otro tanto sucedió con el Cuarteto Patria, agrupación santiaguera que, si bien fue fundada en 1939, adquirió en este contexto un nuevo y vital impulso para las décadas posteriores. Danilo nunca recibió del gobierno norteamericano la visa para asistir al festival y dirigir la delegación que se le había confiado y solo tuvo la opción de coordinar a la delegación mediante llamadas telefónicas diarias. Pero dado que esta marginación no fue responsabilidad de los organizadores del encuentro, el Instituto Smithsonian tuvo la deferencia de enviarle un diploma por aportes excepcionales a las culturas de los pueblos. Más tarde, en 2012 el matrimonio Orozco pudo viajar a Norteamérica y visitó el eminente instituto. Allí Danilo fue recibido por el director de la institución con un gran respeto y manifiesta admiración, donde todavía resonaba el legado de aquella delegación de músicos que Danilo organizó.

Pero estas mezquindades no arredraron a Danilo. Iniciada la década de 1990 estableció alianzas que contribuyeron a proyectar la música cubana de antiguo cuño. Valiosos fueron los apoyos de Bladimir Zamora, o bien, el de Santiago Auserón, quien lo invitó a Madrid en 1992. Fue entonces que comenzó a tomar forma la participación de músicos cubanos en lo que dos años más tarde serían los Encuentros de Son y Flamenco. Estos encuentros contaron desde las primeras ediciones con la presencia de Danilo y músicos de la envergadura de Compay Segundo, Faustino Oramas *El Guayabero*, el conjunto cienfueguero Los Naranjos y el Septeto Espirituano. Estas y otras actividades organizadas en España fueron instancias muy propicias para el despliegue internacional de estos músicos. En una comunicación de red social Luis Lázaro Laderas recordaba:

“En 1993 se celebró en La Casa de América, en Madrid, el Encuentro con el Son cubano, acontecimiento que reunió a músicos, aficionados al género y a prestigiosos musicólogos cubanos y españoles. Aprovechando la oportunidad, el profesor Danilo Orozco, que ya en Cuba había trabajado con Santiago Auserón en la excelente recopilación *Semilla del Son*, nos expuso a un grupo de amigos el caso de Compay Segundo, una leyenda del son cubano que se ganaba la vida tocando en hoteles para turistas que en muchos casos no visitaban Cuba precisamente buscando escuchar música. En febrero de 1994 Jesús Cosano y José María Mellado de la Diputación de Sevilla, se reúnen en Madrid con Santiago Auserón. De aquella reunión nace una feliz iniciativa: el primer Encuentro entre el Son y el Flamenco, una de las ideas más saludables de la reciente historia de la música popular en España (.) Danilo siempre tuvo a Compay presente, casi como

quien denuncia una injusticia, la injusticia del olvido. Cuando muchos pensaban que Francisco Repilado Muñoz ya no existía, que se esfumó tras la separación del dúo Los Compadres, ahí estaba Danilo para desmentirlo. Pocos en Cuba sabían que había formado parte de un grupo de veteranos músicos santiagueros que dio lugar años después a La Vieja Trova Santiaguera, o que tras su paso por este grupo se ganara el aplauso y el pan tocando para turistas en el hotel Kohly de La Habana. Danilo siempre insistía a todo el que lo quisiera escuchar, que el Compay seguía activo... y de qué manera (.). Afortunadamente se produjo aquella conjunción astral en el 93 en Madrid y después en Sevilla en el 94 y 95. El reconocimiento mundial que vino después era inevitable, y gran parte de ese reconocimiento se lo debemos a la insistencia del maestro Danilo Orozco”.

Diálogo entre Keyla Orozco y Luis Lázaro Laderas (fragmento). 14 de septiembre de 2014¹⁰.

Faustino Núñez, otro de los musicólogos españoles que estudio con Danilo, también da testimonio de la especial dilección que tenía para con los músicos que padecían postergación o anonimato:

“En 1990, durante mi larga estancia en Cuba, trabajé con Danilo quien ya me dio a escuchar a Compay y la familia Valera-Miranda entre otros. En 1992 Santiago llamó a mi oficina en Deutsche Grammophon y hablamos de nuevo de Compay. Años después, cuando incluyó Chan-Chan en la *Semilla del Son* (antología discográfica) Santiago [Auserón] me confesó en su casa de Somosaguas, que se había podido por fin quitar *la espíritu* [término de la tradición oral cubana] de no incluirlo en la primera edición”.

Parte de un diálogo entre Keyla Orozco y Faustino Núñez. 14 de septiembre de 2014¹¹.

Las gestiones de Danilo por el levantamiento de la música campesina y de retaguardia tuvieron consecuencias en el corto plazo y si bien esto se reconoce como un proceso que por evidente es innegable, nunca se logra ver con igual nitidez el origen del mismo. Este proceso dio base a lo que, entre chanza y sorna, algunos llamarían *la micro revolución musical de los viejos*. Con ello se quería destacar el proceso de reposicionamiento que el son y otros géneros como el changüí y la guaracha comenzaron a experimentar a partir de los años 90. Pero también se ponía en evidencia la sobrevaloración que inicialmente tuvo la Nueva Trova y otros movimientos musicales post-revolución, en desmedro de la música tradicional y los artistas de la canción cubana. Hoy abundan los testimonios acerca de estos músicos y basta con buscar en Internet para recabar una nutrida documentación. Quien más quien menos se atribuye, también, algún mérito en la recuperación de estos valores, por lo que es necesario insistir que hasta antes que Danilo no encalara las gestiones ya mencionadas, Compay Segundo, Faustino Oramas *El Guayabero*, Pío Leyva *El Mentirso*, entre tantos otros, eran solo olvido. Otros músicos como los hermanos Arturo y Reyes *Chito* Latamblé, José *Nino* Olivares, Pedro Speck y el sobresaliente cantor Carlos Borromeo Planche “Cambrón”¹² mantenían una presencia de muy bajo perfil, a pesar de la importancia de su acervo, creatividad y calidad interpretativa.

No traigo a colación estos hechos por simple anécdota, sino porque junto con mostrarnos otra noble faceta de su personalidad, su trabajo y genio, Danilo sentaba las bases para una formación también ética de quienes nos adentramos en la investigación musical con implicancias interpersonales y alcances intersubjetivos. Fue precisamente en una de sus clases y a propósito de su relación con los músicos populares con los cuales Danilo estudió y trabajó, cuando escuché por vez primera acerca de una musicología para la promoción social. Orozco hablaba de una epistemología doblemente validada cuando ésta surge en atención a las premisas, cogniciones, demandas y necesidades del *otro*, sin por ello abandonar los planos de la elaboración más propiamente teórica. Este planteamiento rescataba el sentido más ético de la investigación científica: el bienestar del género humano, entendiendo que el beneficio de la investigación no puede orbitar sólo en torno de los investigadores, sus particulares vocaciones por el conocimiento puro y los intereses propios de una carrera académica. Esta premisa tiene aún más sentido y cobra más urgencia cuando el estudio musical se sustenta en la relación con músicos cultores.

¹⁰ Comunicación de red social facilitada por la familia Orozco Alemán.

¹¹ *Ibid.*

¹² Estos últimos cinco conformaban el Grupo Changüí Guantánamo, agrupación que nace en 1945 por instancia del músico y estudioso guantanamero Rafael Inciarte Brioso.



La última reunión de la familia Orozco Alemán. De Izquierda a derecha Keyla, Pucho, César, Olga y Danilo. Washington, febrero de 2012.

En este aspecto, Orozco dio muestras concretas de una epistemología plena de sinergia social. Su trabajo no se remitió solo a yuxtaponer datos y modelos interpretativos, para luego administrar los beneficios generados por la investigación. A estos dos valores escalares Danilo incorporó un tercer y decisivo factor, uno que le dio a la investigación social de la música un sentido vectorial, movilizador. De hecho, su revisión del concepto *género musical* y la extensa reelaboración teórica que acometió a propósito del *modo son*, busca romper con los modelos explicativos lineales, para instalar una comprensión de los lenguajes musicales más cercana a lo que se entiende como teoría del caos. Es decir, tras determinar condiciones iniciales definidas, Danilo demuestra en qué medida los músicos, o bien, los colectivos y comunidades musicales reelaboran en permanente deriva, aquella música que regularmente realizan, alcanzando sedimentaciones disímiles, singulares que, por una parte se acogen a formatos generales establecidos en determinadas tradiciones y, por la otra, conforman nuevas disposiciones morfológicas singulares y renovadoras, como un proceso socio-histórico recursivo en que se definen los procesos de originalidad e innovación dentro de una tradición asentada. Este tipo de aproximación teórica sobre la organicidad, morfología y sentido social de la música, se sustentaba en la incorporación de la observación de una estructura que va más allá de lo formal. Me refiero a la estructura sensible de la música, que es aquella textura que conforma el sujeto social y su experiencia sonora; la observación de aquel sujeto que *musiqueando* traza, modela y plasma el trayecto de su existir en lo que toca y canta.

Descubrir este planteamiento me ayudó a la superación de cuestiones en disputa al interior de la disciplina, como la *ajada* discusión acerca de la unificación disciplinaria de la musicología. Y más aún, me determinó a tomar la línea y orientación que definiría mi trabajo, en cuanto a optar por un camino ética y metodológicamente acompañado siempre de cultores y ejecutando un tipo de gestión de conocimiento con beneficio social. La guía de Danilo fue para mí una amable incitación a abandonar ciertos complejos y fatuidades propios del ambiente musicológico. Sin ella me hubiera sido mucho más difícil descubrir esta dimensión social y optar por una investigación musical de expectativas intersubjetivas. Creo no exagerar si digo que Danilo anteló con sus planteamientos éticos, procesos que décadas más tarde han venido a marcar una tendencia a nivel mundial: hacer de la investigación sociocultural –en este caso, de la música– un proceso para la promoción y la restitución, en el cual se construye una epistemología que acompaña y solidariza con los procesos desde donde se origina la música y el sentido que la sostiene. Bastante de esto se va a observar en 2003 en el espíritu con que fueron redactados los acuerdos de la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial, en París¹³.

¹³ <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001325/132540s.pdf>

Bien podríamos pensar que la vida de Danilo fue una lucha sin cuartel contra la adversidad y la incompreensión e, incluso, sospechar que este fatigoso devenir haya precipitado su deceso. Pero su manantial era mucho más que una suma de dificultades. Por lo mismo, me quedo con la impresión de la huella que su aura siempre señera me inspiró y, que sin duda, conminó a tantos más a continuar la senda que él desde su juventud comenzó a abrir. He querido aquí realizar este recorrido con la ayuda de Olga, para traer hasta nuestras vidas la figura grande del que fue hasta hace poco el hombre en quien pudimos apreciar aquello de la condición humana que nos hace dignos. Por este motivo, no es mi propósito hacer un *In memoriam* sobre un musicólogo, sino dedicarle unas páginas al esposo, padre, maestro y amigo que muchos aprendimos a querer mediante la musicología. Junto con esto me ha motivado también, revisitar el capital aporte de Danilo a la música y digo esto porque es imperioso que se le reconozca a este gran caribeño, el lugar que merece en la historia de la música y las artes de esta parte del mundo. Como aquel Farolero, Danilo mantuvo encendida su estrella con fatigoso afán y con ese ejemplo ayudó a hacer más luces en un continente de músicas y músicos brillantes, pero de ideas muchas veces opacas. La obra de Danilo –que ahora es menester compilar y proyectar al futuro– ha gravitado decisivamente en la historia de la música de este continente y su legado continuará vivo en el trabajo que muchos emprendimos tras sus lecciones. Y hoy, a tres años y medio de su partida, lo seguimos recordando con ese mismo aprecio y admiración con que perdura indeleble su imagen en nuestras memorias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y OTRAS FUENTES

FAMILIA VALERO MIRANDA

1987 *Antología integral del Son*. Cuba, Sello Siboney (2): LD-186.

JIMÉNEZ LÓPEZ, XONIA

2013 “Selección bibliográfica de la obra activa y pasiva de Danilo Orozco y una breve cronología de su quehacer musical, grados científicos alcanzados y reconocimientos”, MS.

ROMÁN GONZÁLEZ, ROBERTO

1983 *Orígenes desde el Changüü*. La Habana, Cuba: Instituto Cubano de Radio y Televisión-Tele Turquino: 26'. 16 mm. [<https://vimeo.com/4715616>].

RUIZ ZAMORA, AGUSTÍN

1997 “*Aquí Macondo*. Conversación con Danilo Orozco”, *RMCh*, LI/188 (julio-diciembre), pp. 40-60.

UNESCO

2003 Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial. [<http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001325/132540s.pdf>]